

GABRIEL ROLÓN



HISTORIAS INCONSCIENTES

Vidas al límite

EDICIÓN DEFINITIVA

GABRIEL ROLÓN

HISTORIAS INCONSCIENTES

Vidas al límite

EDICIÓN DEFINITIVA

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DEFINITIVA

Vidas al límite.

Ese fue el desafío que asumí al escribir *Historias inconscientes*. Contar la experiencia en análisis de pacientes que habían llegado a un borde donde la cordura tambalea y la emoción se desmesura.

La palabra “límite” posee dos acepciones. Una de ellas alude a la idea de final. De “hasta acá”. “No hay más”. La otra remite a extremo, exceso. Y estas dos maneras de pensar el límite se entrelazan en el relato de estos casos clínicos.

Me conmovió releerlos.

Nadie pasa por la experiencia analítica sin llevarse huellas de ese proceso único que se da en el consultorio. Nadie. Ni el paciente, ni el analista. Lo sé. Y esta vez lo experimenté en la carne.

Con cada página que leía regresaron las voces de aquellos pacientes. También sus rostros, sus reacciones desbordadas. Y mis dudas y temores ante los momentos de quiebre que compartimos. Me emocioné. Me pregunté qué sería de ellos y sentí ese lazo que nos une para siempre. Porque analista y paciente son, por un tiempo, compañeros de batalla. Libran juntos una guerra donde se juega la vida. Ambos emprenden el desafío de caminar por rincones oscuros, de revivir vivencias dolorosas e intentan alumbrar, como se pueda, las zonas oscuras que dejan los traumas.

Volver a trabajar sobre este libro ha sido una experiencia que me sumergió en un viaje hacia un mundo que sigue vivo, como si el tiempo no hubiera pasado. Es lógico. El Inconsciente es atemporal. Y de eso se trata un análisis. De caminar entre sombras acariciando las paredes del Inconsciente. De tener la escucha adecuada (y la lectura de esa escucha) para que las palabras del paciente iluminen el recorrido.

Un camino que debe recorrerse con mucho cuidado, midiendo cada paso. Porque esa luz todavía no aparece. Momentos difíciles en los que el arte del analista se pone a prueba. Pero no procedemos de modo temerario. Contamos con las palabras y los gestos que cada paciente ha aportado en el transcurso del análisis.

Sí, los gestos.

Esos gestos que, sobre todo al inicio de un tratamiento, nos hablan de esos pacientes. ¿Cómo llegan vestidos? ¿Qué dicen sus rostros, sus manos, su manera de sentarse? Freud dijo que el Yo es antes que nada un yo corporal. Y es cierto. Por eso siempre debemos tener en cuenta qué nos comunica ese cuerpo. ¿Dolor, alegría, angustia, tensión?

Por supuesto, también contamos con las palabras del paciente. Esas palabras que exponen un modo particular de mirar la vida, de enfrentar las dificultades, de conectar con el deseo y, además, dan cuenta de una historia. Porque todos tenemos una historia que nos recorre y nos determina. Una historia que marca un destino que, muchas veces, es necesario cambiar.

El Psicoanálisis es un intento de eludir el destino.

Ese destino que construimos en la infancia y ahora se manifiesta con una voz muda que susurra al oído mandatos, deseos de otros que no dejan escuchar los propios.

Así, de aquello que se precipita, tanto del discurso como del cuerpo, los analistas vamos “juntando” elementos que pondremos en juego en cada interpretación. Porque una interpretación no es

más que la puesta en relación de los dichos del paciente en boca del analista. Pero a veces no hay material suficiente para interpretar. En esos casos, el profesional debe decidir si espera o si juega la más compleja de las intervenciones analíticas: la construcción. Una intervención que pone a prueba la inventiva del profesional que debe crear un relato con muy pocos elementos. Al modo del cuento, del “había una vez”, el analista arma un relato que le permite al paciente encontrar un lugar en su historia. Que entienda por qué sufre como sufre, por qué desea como desea. Que pueda comprender qué le ocurrió en ese pasado que lo atormenta para que abandone el sitio en que quedó improntado y construya un lugar nuevo. Es muy difícil. Son situaciones en las que el límite lo enfrenta el analista.

Este libro muestra algunos de esos instantes clave del tratamiento.

En la primera escritura hubo una apuesta más. Poner al alcance del lector la teoría que sostuvo mis intervenciones en cada uno de los casos, para que entienda cómo procede un analista. Hoy que, como entonces, nuevas voces se alzan en contra del Psicoanálisis, esos párrafos teóricos cobran más valor que nunca.

Asimismo, alentado por el recibimiento que tuvieron mis ensayos (*Encuentros, Cara a cara, El precio de la pasión, El duelo y La felicidad*), agregué algunas líneas que profundizan esos conceptos sin desnaturalizar la esencia original del libro.

Dejo aquí, entonces, para ustedes, esta versión definitiva de *Historias inconscientes*.

Tengo el anhelo de que, una vez concluida su lectura, estemos un poco más cerca: en cada una de estas páginas se juega un tramo de mi vida.

GABRIEL ROLÓN
Octubre de 2024

HABITANTE DEL HORROR

La historia de Alejandro

*Todo el que quiere nacer
debe antes destruir un mundo.*

HERMANN HESSE

Recuerdo con precisión aquella mañana. Comencé a atender muy temprano, de modo que a las 11:30 ya había recibido a cinco pacientes, y el día no iba a cambiar. Un viaje por asuntos editoriales me había ausentado toda la semana de Buenos Aires y debía recuperar algunas sesiones perdidas. A pocos minutos de terminar una de ellas, el teléfono empezó a sonar de manera insistente.

No suelo atender llamadas cuando estoy trabajando, pero por aquel entonces todavía se utilizaban los contestadores automáticos y la persistencia fue tanta que finalmente el contestador respondió por mí.

La voz que escuché me puso en alerta de inmediato.

—Licenciado Rolón, por favor, si está ahí atiéndame. Necesito hablar con usted.

Mi primera intención fue bajar el volumen y continuar con la sesión, pero algo en esa voz me convocó a seguir escuchando un poco más. Aunque no podía imaginar lo que diría a continuación.

—Licenciado... en este momento tengo un revólver en la mano y estoy decidiendo si me mato o si me doy una oportunidad con usted.

Mi paciente se dio vuelta en el diván para mirarme.

—¿Es una broma? —me preguntó. Dudé un instante y le respondí que no.

Hay ocasiones en las que tengo la sensación de que el tiempo transcurre a una velocidad diferente. Como si de golpe el mundo *ralentara* y sólo mi pensamiento siguiera funcionando del modo habitual. Es una experiencia extraña, para nada mística. Cuando esto ocurre, en un mismo instante pasan por mi cabeza pensamientos diferentes, los considero, los evalúo y determino qué hacer. No lo he conversado con otros analistas, pero supongo que a todos aquellos que debemos decidir en pocos segundos sobre cosas tan importantes nos sucede algo parecido.

En esta ocasión, la duda que se me planteó fue si debía considerar a la persona que me llamaba como un psicópata, un manejador, alguien que utilizaba una amenaza tan grave sólo para ser atendido con premura, en los tiempos que él quería y manejaba o si, por el contrario, tenía que dar crédito a ese pedido desesperado. Pero después de tantos años de profesión he aprendido a discernir cuando lo que escucho es verdadero. No se trata de una deducción intelectual. Es una sensación corporal y emotiva al mismo tiempo. Difícil de explicar. Pero estaba seguro de que aquel pedido de ayuda era verdadero. Por eso interrumpí la sesión y atendí el teléfono.

—Hola —del otro lado de la línea escuché una respiración agitada—, ¿quién habla?

Silencio.

Somos Sujetos del deseo y la palabra, y sé que cuando alguien realmente decide morir corta su relación con el lenguaje. Por eso era fundamental hacerlo hablar.

—Dígame, ¿cuál es su nombre?

—Alejandro —me respondió, y después de una breve pausa agregó—, por favor, ayúdeme.

En ese momento supe que no me había equivocado. No se trataba de un psicópata. Lo supe de ese modo inexplicable en el que los analistas aprehendemos aquello que las palabras no alcanzan a decir. Algo que sólo se da cuando el Inconsciente del paciente se anuda al del analista y se establece un vínculo diferente a cualquier otro. Un vínculo que abre la puerta a la posibilidad de la cura. El nombre que damos a ese fenómeno tan particular es *transferencia*. Hice silencio. Sabía que si decidía hacer cualquier intervención bajo el efecto de esa transferencia debería hacerme cargo del caso, y en esos segundos que parecen eternizarse tomé la decisión.

—Alejandro, soy el licenciado Rolón. Mucho gusto. Hoy es un día muy complicado para mí y no tengo ningún horario libre —del otro lado de la línea me llegó un suspiro—, pero de todos modos me gustaría que viniera ya mismo al consultorio, ¿le parece? —y sin darle tiempo a pensar le pasé la dirección y repetí de modo imperativo—: Así que corta conmigo, se viene ya mismo para acá, se sienta y me espera. No sé cuanto pueda demorarme, pero le prometo que hoy vamos a hablar. Eso sí —agregué—, por favor, cuando venga no traiga el revólver. Detesto las armas.

Mi paciente, nada acostumbrado a estos avatares de la clínica, se sentó en el diván y me miró asombrado.

—¿Le dijiste que no trajera el revólver? —asentí—. ¿Y eso qué fue?

—Una broma.

Se quedó en silencio unos segundos.

—Ah, ¡qué gracioso! —ironizó—. ¿Y él qué hizo? —Pausa.

—Creo que sonrió.

En realidad, me había parecido percibir una sonrisa, y esa mínima sospecha alimentaba mi expectativa. Porque si había comprendido y participado de una broma, eso implicaba que todavía no había roto su relación con la palabra. Y si era así, aún podría hacer algo para ayudarlo. Al menos iba a intentarlo.

Alejandro llegó al consultorio una hora después de haber cortado conmigo. Era un hombre joven, de aproximadamente cincuenta años. Sin embargo, su aspecto era el de alguien mayor, ya cansado de vivir. Tenía una apariencia desalineada. Llevaba una barba de días y un gesto de tensión le contraía el rostro.

Lo hice pasar, lo traté con mucha amabilidad, incluso le ofrecí un café mientras esperaba, cosa que no suelo hacer, y volví a mi sesión. Casi dos horas y media después la ausencia de una paciente me dio el espacio para que pudiéramos hablar.

El lugar en el que atiendo es amplio y para llegar a él hay que pasar por una especie de túnel oscuro de concreto que genera la sensación de estar entrando en otro espacio, en otro tiempo.

A la izquierda está el sitio que reservo para la atención de los pacientes, ya se trate del sillón para trabajar cara a cara o el diván. En el medio, el escritorio en el que escribo, estudio y tengo las entrevistas preliminares. A la derecha, un piano le da un poco de dulzura al ambiente, a la vez que me brinda la posibilidad de distenderme en mis momentos libres.

Alejandro entró nervioso, caminó hacia la izquierda y se paró frente a la ventana que da a la calle dándome la espalda. Luego giró hacia mí, que lo esperaba de pie al lado del escritorio. Sacó de uno de los bolsillos de su campera

un paquete de cigarrillos y extrajo uno. Después revolví los demás en busca del encendedor, el cual se le cayó de las manos. Estaba muy nervioso y yo, desde mi lugar, intentaba registrar cada uno de sus movimientos.

Lo gestual, sobre todo en las primeras entrevistas, juega un papel fundamental y, sin embargo, es algo que muchos analistas desestiman. Es sabido que en un análisis se privilegia la palabra, pero ese lenguaje no verbal, sobre todo cuando recién conocemos a un paciente, brinda una información de muchísima importancia.

En este caso, por ejemplo, me daba cuenta de la profunda tensión que sentía Alejandro, del sufrimiento, incluso corporal, que estaba experimentando, lo cual develaba el grado de angustia que sentía. Un grado tan alto que ya no podía ser contenida solamente con el padecimiento físico. Intuí también que no iba a ser fácil hacerlo hablar ya que, cuando el cuerpo se hace cargo del dolor, volver a la palabra suele demandar un tiempo de trabajo prolongado. Pero para eso estaba yo. Hace mucho aprendí que el mayor enemigo de un analista es la impaciencia.

Le agradecí que hubiera esperado, me senté detrás del escritorio y le señalé la silla frente a mí. Él se acercó sin dejar de mirar la mesa baja y la biblioteca, como si estuviera buscando algo.

—Disculpe, ¿no tendría un cenicero? —preguntó al tiempo de sentarse.

—No.

Hizo un gesto de contrariedad.

—Entonces, acá no se puede fumar —asentí—. Uh, qué cagada.

—¿Por qué?

—Porque yo estoy mucho más tranquilo si puedo fumar.

—Lo entiendo —dije con suavidad—. Se imagina que no es nada personal. Pero en el consultorio prefiero que no se fume. Suspiró.

—Está bien. Entiendo. No se preocupe, sé cumplir reglas, fui soldado. Estuve en Malvinas.

Me quedé mirándolo mientras procesaba lo que me había dicho. La Guerra de Malvinas es un tema ante el cual tengo una especial sensibilidad. Recuerdo con toda precisión aquel 2 de abril de 1982. Trabajaba como docente en un colegio secundario y al llegar esa mañana, el ambiente estaba convulsionado. La directora buscaba algún casete en el que estuviera la marcha de las Malvinas. Uno de los profesores escribía rápidamente un esbozo de discurso y me dijo que formaríamos a todos los alumnos en el patio. Yo, que había salido de mi casa sin tener noción de lo ocurrido esa madrugada, me sorprendí cuando uno de mis compañeros me dijo:

—¿Viste? Recuperamos las islas.

—¿De qué islas me estás hablando?

—De las Malvinas.

Ante mi gesto de confusión me explicó lo acontecido. Me costaba entender. ¿De verdad habíamos recuperado las Malvinas? ¿Así, tan fácil? Y los ingleses, ¿no iban a hacer nada? Pero todos estaban tan exultantes que no pude evitar emocionarme por la noticia. Desde ese día hasta el final de la guerra, cada mañana en el patio del colegio se cantó aquella marcha que todavía recuerdo.

Con el paso de las semanas, la emoción fue transformándose en angustia. Los pueblos latinoamericanos, los de la Patria Grande, casi en su totalidad apoyaron a Argentina, pero percibí muy pronto que de nada valdrían ni ese apoyo ni el hecho de tener la razón: no podía ganarse esa guerra. Cuando el 14 de junio llegó la rendición, la euforia mudó en

una bronca indignada que marcó el comienzo del final de la época más trágica de nuestra historia. Al grito de “Se va a acabar la dictadura militar”, la gente ganó la calle y obligó a llamar a elecciones. Pero lejos del bullicio, en un silencio vergonzoso, *los chicos de Malvinas* retornaron ignorados por casi todos.

Vino a mi mente el recuerdo de un excombatiente que llorando se preguntaba qué había hecho mal para que lo volvieran escondido al país. “Fui, peleé por mi patria, pasé frío, maltrato y hambre. ¿De qué tenía que sentirme culpable?” Pero el mundo actual, desgraciadamente, parece valorar solamente a los que ganan sin darse cuenta de que hay éxitos que avergüenzan y derrotas que enaltecen.

La voz de Alejandro me sacó de mis cavilaciones.

—Bueno, supongo que tengo que hablar, ¿no?

—Al menos eso dijo cuando me llamó, ¿lo recuerda? Que quería hablar.

—En realidad —continuó luego de una breve pausa—, lo que quería era morirme.

Me sonreí.

—Ah, bueno, me alegro, entonces.

Alejandro me miró sin comprender, esperando una explicación.

—Claro —seguí hablando—, porque cuando me llamó hace un par de horas y me dijo que tenía un revólver en la mano, pensé que se quería matar. Pero ahora veo que no. Que apenas si se quería morir. Y no es lo mismo, ¿no? —pausa—. ¿Por qué, Alejandro? ¿Por qué se quiere morir?

Él se tomó un tiempo y se movió inquieto en la silla. Cuando habló su voz sonaba muy angustiada.

—Porque no doy más. No puedo seguir.

—¿Con qué no puede seguir?

—Con esta vida. Hace tiempo que estoy mal, pero ahora todo empeoró. Tengo miedo.

—¿A qué?

—A la noche, la oscuridad. Las sombras no me dejan dormir, y tal vez es mejor que sea así.

—¿Por qué dice eso?

—Porque cuando duermo tengo unos sueños espantosos. Niega y se muerde los labios. Sus manos se retuercen sobre sus piernas en una clara muestra de ansiedad.

—¿Qué tipo de sueños?

Alejandro hace una pausa, como si tuviera miedo de poner en palabras aquellas imágenes que lo abruman cada noche.

—Veo las caras de mis compañeros, oigo sus voces; sus voces que me atormentan.

—¿Y qué le dicen esas voces?

Se resiste. Noto la lucha que se libra en su interior.

—Me dicen: “No hiciste nada. Nos dejaste acá”.

Después de una pausa levanta la cabeza y me mira a los ojos, como si estuviera dándome explicaciones.

—Pero ¿qué podía hacer yo? Si cuando entré a ese infierno era un chico que ni siquiera sabía limpiarse el culo —aprieta sus ojos con rabia—. ¿Sabe cómo fue? Fácil. Me dieron un fusil y arreglate, hermano; andá y hacé lo que puedas —se quiebra—. Fue tan difícil estar ahí.

Lo miro y siento el peso de esa angustia que se adueña del consultorio. Conozco la sensación. Hace años que convivo con ella y, sin embargo, no puedo acostumbrarme. Por suerte.

Alejandro llora un dolor presente y antiguo a la vez. Le ofrezco un vaso de agua que él acepta y bebe de modo pausado. En un momento, al mirarlo, tuve una sensación rara. Podía sentir que su angustia era real y, sin embargo, algo no terminaba

de cerrar en su relato. Algo que no sabía qué era, pero tomé nota de eso, aunque por el momento todavía no tuviera importancia. Lo único importante era que Alejandro había hablado y llorado su dolor y eso me hizo sospechar que su arrebatado suicida había pasado.

Luego de unos minutos decidí dar por terminada la entrevista. Arreglé con él para verlo tres días después y seguir conversando. Algo me decía que Alejandro era un enigma. Un enigma que quería descifrar.

Al iniciar nuestro segundo encuentro volvió a centrarse en la guerra.

—Le juro que no se lo deseo ni al peor de mis enemigos.

—¿Qué cosa?

—Aquel infierno.

Alejandro sigue conmovido por su relato, pero de todos modos decido cambiar de tema.

Es sabido que la regla fundamental del Psicoanálisis es lo que llamamos asociación libre, ese acuerdo que hacemos con el paciente por el cual él se compromete a decir lo primero que le venga a la mente, sin seleccionar si le parece importante o no. Simplemente dejando fluir sus palabras. Sin embargo, a pesar de que ese relato guía la sesión, es el analista quien dirige la cura. Y amparado en esa potestad que me da mi técnica le propongo un nuevo tema.

—Cuénteme, ¿con quién vive?

Me mira sorprendido por el viraje repentino.

—Con Marcela, mi mujer, y mi hijo, Facundo.

—¿Y cómo se lleva con ellos?

—Bien. Mi mujer es maravillosa. La conocí en el 83, y siempre fue un apoyo para mí. Me bancó en todo; y mire que no fue fácil. Pero ella aprendió a respetar mis tiempos, mi silencio.

—¿Y su hijo? —Alejandro suspira.

—Facundo siempre fue un buen chico, a pesar de su carácter fuerte.

Lo dice remarcando la frase, y ese énfasis denuncia que detrás de ella puede haber algo más.

—¿Le molesta eso?

—¿Qué cosa?

—El carácter fuerte de su hijo.

Sonríe.

—No, qué va. ¿Sabe?, la vida es un lugar muy difícil, y sólo sobreviven los fuertes.

Lo dice seguro, de manera contundente, sin embargo, noto un gesto de contrariedad.

—¿Pero?

Pausa.

—Nada; sólo que desde hace un tiempo nuestra relación se complicó un poco.

—¿Y tiene idea por qué? —levanta sus hombros—. Creció, supongo. Y quiere saber, me vuelve loco con sus preguntas.

Lo miro.

—¿Está seguro de que se trata de eso?

—No entiendo.

—Lo que quiero decir es si de verdad le molestan tanto las preguntas de su hijo. ¿No será que, a lo mejor, usted le teme a las respuestas?

Alejandro se pone serio y baja la mirada. Sé que por ese camino deberé seguir.

Al finalizar esa sesión acordamos empezar el análisis. Transcurrido un mes de aquel comienzo, el conflicto con su hijo volvió a hacerse presente.

HISTORIAS INCONSCIENTES

—Facundo quiere saber. Todo el tiempo me pide que le cuente cosas de la guerra, cosas que yo no quiero recordar. Pero él insiste e insiste con que le hable de la nieve, de los ingleses. Y yo, la verdad es que no sé qué decirle.

—Bueno, Alejandro. Es de esperar que él quiera saber lo que usted vivió en la guerra, ¿no le parece?

—No. ¿Para qué? Después de todo, lo que yo pasé no tiene nada que ver con él.

Alejandro nunca había hecho análisis hasta este momento y, por lo que veo, tampoco ha leído sobre el tema y desconoce la importancia que los orígenes tienen en la psiquis de toda persona, por eso decido explicárselo.

—Se equivoca. Todo lo que a usted le haya pasado tiene que ver con él. Porque usted es su padre, y eso implica que su vida forma parte de la historia de su hijo. Alejandro, sepa que todos existimos mucho antes de nacer. Existimos en el deseo o no de nuestros padres por tenernos, en la fantasía que se hicieron acerca de nosotros, en el motivo que los llevó a elegirnos un nombre. ¿Por qué usted se llama Alejandro? ¿Qué significó ese nombre para sus padres? Créame. Todo lo que tenga que ver con la historia de los padres, bueno o malo, resulta fundamental en la vida de los hijos. Forma parte de su verdad.

Se muestra inquieto y se pone de pie. Yo permanezco sentado.

—¿Pasa algo? —le pregunto.

—No aguanto más. Necesito un cigarrillo. Voy a salir.

—Sí, claro. Vaya, si quiere.

Alejandro se levanta y camina hacia la puerta. Yo lo sigo. Abre la puerta y ni bien pisa la vereda saca un cigarrillo y lo enciende y le da una pitada profunda. Lo miro y tomo una decisión.

—Lo espero la próxima, entonces —digo con una sonrisa y cierro la puerta.

Sabía que del otro lado Alejandro estaría sorprendido y, de seguro, enojado.

Muchos tienen la idea de que la única intervención de un psicoanalista es el silencio, pero no es así. Por el contrario, podemos preguntar, alentar o desalentar la decisión de un paciente, interpretar un sueño, un chiste o un lapsus. Pero hay una intervención mucho más difícil: el acto analítico. Y en esa ocasión yo había decidido realizar un *acto analítico*. Di por cerrada la sesión cuando Alejandro salió a fumar y le cerré la puerta en la cara. Supuse que ese acto tendría consecuencias; y no me equivoqué.

Al comenzar nuestro próximo encuentro estaba distante.

—Hoy casi no vengo.

—¿Por qué?

—Porque el otro día me fui mal, enojado.

—¿Y cuál fue el motivo? —Me mira furioso—. ¿Me está cargando? Usted me echó.

En situaciones como esas, lo más importante es no dejarse impregnar por la emoción del paciente y permanecer calmo. Por eso pongo especial énfasis en que mi tono suene tranquilo y amable.

—Eso no es cierto, Alejandro. Yo no lo eché. Usted decidió levantarse, ir hasta la puerta, abrirla y salir a la calle.

—Sí, pero para fumar y volver. Y usted me cerró la puerta en la cara.

Está visiblemente molesto y mi gesto inmutable pareciera incomodarlo aún más.

—Mire —me increpa—, ya sé que aquí juego con sus reglas, pero ¿sabe qué?, estoy hartos.

—¿Harto de qué?

—De cumplir las reglas que me imponen los demás. —Con-
testa molesto—. Toda mi vida la pasé cumpliendo las reglas
que me impusieron los demás.

Es común que se hable de “la escucha” del analista. Pero
si algo he aprendido, es que no se trata sólo de eso. Quien
más, quien menos, casi todo el mundo escucha. El arte que
requiere el Psicoanálisis, incluso lo que nos diferencia de
otros analistas, es la lectura que cada uno de nosotros hace
de aquello que escucha. Y en esa situación, cualquiera hu-
biera escuchado la rabia y el dolor con el que él dijo aquella
frase. Pero yo leí algo más.

—¿Toda su vida? Alejandro, la guerra duró apenas unos
meses. Entonces usted me está hablando de otra cosa, ¿de
qué está hablando en realidad?

Se pone aún más tenso. Se mueve en el sillón sin decir
nada y yo sé que, cuando la palabra calla, es porque algo
en el paciente se resiste a develar algún secreto. Pero es
mi deber profesional acompañarlo hacia ese misterio. Y
algo me decía que el misterio de Alejandro estaba en su
historia.

—¿Sabe? Nunca me ha contado nada acerca de su infan-
cia. Dígame, ¿cómo eran sus padres?

Me mira entre sorprendido e incómodo.

—¿Qué sé yo? Normales, supongo; como todos los pa-
dres —pausa—. Aunque, para ser sincero, casi ni los recuerdo.
Murieron en un accidente cuando yo era muy chico.

Asiento.

—¿Algo más que pueda decirme?

—¿Qué más?

—Lo que sea. ¿Qué hacían, de qué trabajaban? —Me mira y
comienza una respuesta obligada—. Bueno, mi vieja era ama de

casa y mi viejo... —se interrumpe enojado—: Dígame, ¿adónde quiere llegar con todo esto? ¿Qué es lo que quiere saber?

Nos miramos unos segundos en silencio.

—Por lo que veo, no son sólo las preguntas de su hijo las que le incomodan.

La reacción de Alejandro es intempestiva. Se levanta y agarra sus cosas como para irse. No me muevo de mi sillón y le hablo, tranquilo, pero firme.

—Mire, yo no sé qué reglas le impusieron en el pasado que le hicieron tanto mal. Pero sé cuáles funcionan en este espacio. Y aquí, el que decide cuándo termina la sesión soy yo.

Alejandro, que había empezado a caminar hacia la puerta, se frenó, su mirada tomó un tinte diferente y su actitud semejó la de un chico al que están retando.

—Por lo visto —continúo— es evidente que hay cosas de las que no quiere, o no puede hablar todavía. Pero me gustaría que lo intentara —vuelve a sentarse y siento que la intervención lo ha instalado en un lugar en el cual podemos continuar trabajando—. ¿Se acuerda? Usted me dijo que desde hace un tiempo empezaron las pesadillas y los temores nocturnos. ¿Desde cuándo?

Duda.

—No lo sé. Un año, quizás un poco más.

—¿Y qué pasó en ese momento que pudiera haberlos provocado?

Mira hacia abajo, luego hacia los costados, y me doy cuenta de que está esquivando mi mirada. Es una de las consecuencias de elegir no utilizar el diván: lo gestual en general, y las miradas en particular, juegan un papel trascendente.

—No lo sé.

—¿Está seguro? —me observa como si fuera un chico descubierto. Está asustado y puedo percibir que se siente

amenazado por mí. De todos modos, no pienso detenerme justo en ese momento—. Alejandro, usted aquí puede hablar de lo que quiera. Puede callar o, incluso, hasta puede mentir. Pero, dígame, ¿hasta cuándo piensa escaparse de eso que tanto lo atormenta?

Se hace un pesado silencio que dura unos minutos, al cabo de los cuales me pongo de pie dando por terminada la sesión.

—Ahora sí, vaya. Nos vemos la próxima.

Un analista no debe contentarse con comprender lo que el paciente quiere decir. Muy por el contrario, su oído debe tomar nota de la manera en la que cuenta aquello de lo que habla. Cómo construye su relato. Con qué palabras. Porque, en definitiva, son las palabras las que nos indican el camino hacia ese lugar pasado y reprimido donde yace el origen de su padecimiento. Las palabras. En el discurso de Alejandro, dos palabras se imponían: noche y sombras.

Por eso tomé el riesgo de realizar un nuevo acto analítico. Y aun sabiendo lo que aquellas palabras le generaban le cambié el horario de una de sus sesiones y le pedí que viniera por la noche. El clima del consultorio es diferente, la luz es tenue y el ámbito, algo más sombrío. Ni bien entró, notó la diferencia.

—Está raro acá.

—¿Raro?

—Sí, no sé... está oscuro. —Asiento.

—¿Le molesta?

—No, no —responde sin convicción.

Sostengo unos segundos su silencio antes de hablar.

—¿Sabe, Alejandro?, estuve pensando en lo que hablamos. Dígame, ¿cuándo dijo que empezaron sus terrores nocturnos?

Duda.

—Ya le dije, desde hace un tiempo. No puedo precisar cuándo.

Sus palabras me hacen eco.

—“Desde hace un tiempo” —lo cité—. Es la misma frase que utilizó para referirse al malestar que siente con su hijo. ¿Cree que puedan estar relacionadas una cosa con la otra?

Se hace un silencio.

—Puede ser; no sé.

Nuevamente se está resistiendo, pero otra de las tareas de un analista es ayudar a que su paciente venza esas resistencias.

—Usted dijo que su hijo le preguntaba cosas que no quería responder. ¿Qué cosas?

—Ya le dije. Cosas sobre la guerra. Primero me pidió que lo llevara a las reuniones de excombatientes.

—¿Y usted lo llevó?

—No. Claro que no.

—¿Por qué?

—Porque no tenía ningún sentido. ¿Qué iba a hacer él ahí, en medio de todos los veteranos? Era una locura. Así que no. Punto —cierra de modo agresivo.

—¿Y después?

—Después me pidió que lo llevara a las marchas —lo interrogo con la mirada—. No, claro que no. ¿Para qué iba a venir conmigo a las marchas? Pero pasó el tiempo e insistió en que le contara todos los detalles...

—¿Qué detalles?

—Detalles sobre la guerra.

—¿Pero qué detalles específicos quería saber su hijo? Me mira desencajado y grita.

HISTORIAS INCONSCIENTES

—Detalles de cómo mierda es dormir en una trinchera, pelear en la nieve con los ingleses o ver morir a un amigo. No me parecía que tenía que contarle esas cosas.

—¿Por qué no?

—Porque era un chico.

Lo siento titubear. No está diciendo la verdad y debo impulsarlo a que la diga.

—Claro, lo entiendo. Esas no son cosas que uno le pueda contar a un chico —asiente aliviado—. Pero yo no soy un chico. Así que, cuénteme. ¿Cómo es dormir en una trinchera? ¿Cómo es combatir bajo la nieve? ¿Qué se siente al matar? ¿Cómo es ver morir a un amigo?

Hago una pausa. Alejandro baja la mirada.

—¿Se acuerda de que me dijo que cuando Facundo le preguntaba estas cosas usted no sabía qué decirle? Bueno, por lo visto, a mí tampoco. ¿Por qué? ¿Por qué no tiene nada que decir acerca de un hecho tan importante de su vida?

De pronto, para mi sorpresa, escucho un quejido, casi un alarido que invade el consultorio y Alejandro estalla en un llanto desconsolado y durante tres o cuatro minutos llora con desesperación, hasta que puede hablar.

—¿Sabe por qué no puedo decir nada de eso? —pausa—. Porque es mentira. Porque no fui a esa guerra... porque nunca estuve en Malvinas.

Silencio.

—¿Y por qué mintió durante todos estos años?

Está conmovido, vulnerable, pero debo seguir.

—Porque yo no existo. Todo en mi vida es una mentira.

—Eso no es cierto. Mírese. Esta angustia es verdadera, ¿no le parece? —asiente—. Alejandro, a lo mejor usted mintió para tapar algunas verdades que le resultan demasiado dolorosas. —Pienso—. Usted dijo que cuando entró a ese

infierno era un chico que ni siquiera sabía limpiarse el culo, ¿lo recuerda?

—Sí.

—Dígame, ¿qué edad tenía? O no. Mejor aún, ¿de qué infierno me estuvo hablando?

Se toma unos segundos antes de responder.

—Gabriel, usted me preguntó hace unas sesiones por mis padres, qué hacían, de qué trabajaban, y yo no tenía nada para decirle. ¿Sabe por qué? —me mira fijo—. ¿Quiere la verdad?

Le devuelvo la mirada sin hacer gesto alguno.

—Porque no lo sé. Porque no tengo ni la más puta idea —pausa—. ¿Y sabe por qué?

—No.

—Porque no conocía a mis padres. Simplemente me tiraron en un orfanato cuando yo tenía un año y nunca más vinieron a verme. Nunca más.

Vuelve a llorar y me doy cuenta de que está descargando una angustia contenida durante años.

—Es cierto —continúa—, yo nunca estuve en Malvinas, pero le juro que sé lo que es el frío, el hambre, la soledad y el maltrato.

En momentos como estos, para poder seguir, los pacientes necesitan sentir que el analista es capaz de alojar su dolor. Y esa es, entonces, la intervención que decido jugar.

—Lo imagino, Alejandro. Pero, dígame, si nunca estuvo en Malvinas, ¿de quiénes son esas caras que lo atormentan en sus sueños?

Suspira.

—De mis compañeros del orfanato.

—Pero, ¿por qué lo persiguen? Usted dijo que en sus pesadillas le reprochaban que los hubiera abandonado allí.

Hable de eso.

HISTORIAS INCONSCIENTES

—¿Sabe?, aquello nunca fue un lecho de rosas. Por el contrario, siempre fue un lugar difícil. Pero en un momento empeoró aún más.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Pasó que nos mandaron un director tremendo, perverso, que nos castigaba todo el tiempo, por cualquier cosa, y que incluso...

Se interrumpe.

—¿Que incluso qué?

—Que incluso abusó de algunos de los chicos. —Pausa.

Lo miro y no necesito preguntar. Sé que él ha sido uno de esos chicos. Sus ojos se humedecen.

—Hasta que una noche dije basta.

—¿Quiere contarme qué pasó esa noche?

—No, deje... ya está. Ya pasó.

—No, Alejandro. No se equivoque. Eso no pasó. Eso le sigue pasando a cada momento. Es lo que lo atormenta, lo que lo obliga a mentir. Así que, por favor, sáqueselo de encima de una vez. Confíe en mí y cuénteme qué pasó esa noche.

Siempre he sentido que el consultorio es el único lugar capaz de albergar al mismo tiempo tanto dolor, tanta angustia y tanta pasión por la verdad. Una verdad que Alejandro ahora estaba dispuesto a compartir conmigo.

—Me acuerdo de que se había desatado una tormenta tremenda. Llovía y se había cortado la luz en todo el pueblo. Y yo sentí que ese era el momento justo para irme. Que me tenía que escapar. Ya les había dicho a los chicos que iba a escaparme. Sabía cómo hacerlo. Ya lo tenía planeado. Era riesgoso, sí, pero yo estaba dispuesto a todo con tal de salir de ahí. Así que en medio de la oscuridad agarré lo poco que pude y me escapé... pero justo antes de que lo hiciera

se acercaron algunos de mis amigos y me pidieron que los llevara conmigo. Pero yo tenía que irme, y no podía llevarlos. Porque no podía hacerme cargo de ellos. Eran muy chicos, ¿me entiende?

—Claro. Muy chicos. Como su hijo, ¿no?

Silencio.

—Es verdad —prosigo—, ellos eran muy chicos. Y lo que dice es cierto; no podía hacerse cargo de ellos. ¿Sabe por qué? Porque usted también lo era. Es cierto, no pudo ayudarlos a salir de ese infierno, pero por favor perdónese y no se torture más. Entienda que no pudo hacer nada porque usted era tan vulnerable como ellos. Pero ya no lo es y ahora, en su vida, sí hay un chico al que puede ayudar. —Me mira—. Su hijo, Facundo. Alguien que, con justo derecho, le está reclamando una historia que también le pertenece, ¿no cree?

Hace un gesto de asentimiento. Está descorazonado.

—Ya lo sé, pero ¿qué quiere que haga? No puedo contarle la verdad.

—¿Por qué no?

—¿Y con qué cara lo voy a mirar después? —se cubre el rostro y llora—. Me quiero morir.

Alejandro dice que se *quiere* morir. Como cuando me llamó por teléfono por primera vez, e intuía que por la misma razón que entonces. Pero ahora es diferente porque ya no está solo. Tiene su espacio, su análisis, y desde este lugar algo podemos hacer para modificar la situación, para que esta no sea una mera repetición de ese sentimiento de orfandad sin salida que lo recorre desde siempre.

En ocasiones como estas, en las que el paciente devela una verdad tan dura y está tan frágil, hay que cuidar especialmente las palabras que se usan. Por eso me tomo unos segundos antes de intervenir.

HISTORIAS INCONSCIENTES

—¿Se quiere morir? Bueno, ¿sabe qué?, me parece bien. Creo que es hora de que se muera —me mira desconcertado—. De hecho, usted me dijo que no quería seguir más con esta vida, ¿lo recuerda?

—Sí.

—Y bueno, no siga. Pero puede intentar cambiar esta vida que ya no soporta por otra.

—¿Otra?

—Sí. Una vida en la que no tenga que esconder su pasado —pausa—. Alejandro, usted fue una víctima y no tiene de qué avergonzarse.

Se pasa la mano por la cara, seca algunas lágrimas, y habla de modo entrecortado.

—Es que yo quería que Facundo estuviera orgulloso de mí, que pensara que yo era alguien.

Lo interrumpo.

—Usted es alguien. Pero esa historia tremenda de la que intenta escaparse es parte de su vida. Y va a tener que asumirlo y vivir con eso, porque esa es su verdad.

Su cara se transfigura y vuelve a tener la expresión de ese niño triste que no sabe cómo pedir ayuda.

—¿Y qué tengo que hacer?

Le respondo firme, pero con ternura.

—Mate al soldado de Malvinas. Renuncie a la mentira detrás de la cual se viene escondiendo desde hace tanto tiempo. Deje de ser un sobreviviente y apueste al desafío de vivir.

Me mira desconcertado.

—Y eso, ¿cómo se hace?

—No lo sé. Pero Facundo y Marcela lo aman, y quieren saber de usted. A lo mejor podría contarles acerca de esa guerra que libró mucho antes del 82 en ese infierno que según me dijo no le deseaba ni a su peor enemigo.

Alejandro está conmovido. Ha sido una sesión muy dura, pero es momento de darla por terminada. Sé que se irá movilizado, angustiado incluso, pero así debe de ser. Ahora está en sus manos. Gran parte del análisis no transcurre en el consultorio, sino en la soledad de ese paciente que tiene que decidir qué hacer con sus temores y su verdad.

Durante muchas semanas trabajamos sobre esto. Alejandro tenía miedo de lo que pudiera pensar su familia cuando les develara el secreto. Fueron sesiones intensas y movilizantes, en las que habló por primera vez en su vida del orfanato, de aquellas noches encerrado, del ruido del candado al cerrar el salón en el que dormía junto a otros chicos en camastros de hierro con colchones insuficientes. Habló incluso de la sombra que lo atormentaba cada noche: aquel director perverso que lo abusó durante tanto tiempo.

Son muchos los horrores que debo escuchar en el consultorio, y en más de veinte años de profesión he sabido de historias tremendas. Pero nada, jamás, me ha causado tanto dolor, tanta impotencia como el relato de un abuso. Esa situación en la que alguien ha quedado indefenso y asustado frente a un otro poderoso que decide qué hacer con su vida y, sobre todo, con su cuerpo.

Le costó mucho, hasta que al final tomó la decisión de hablar con su familia.

—Fue difícil, pero lo hice.

—Cuénteme.

—¿Sabe?, yo no sabía que tenía tanta tristeza adentro.

—¿Y cómo fue?

—Al principio me costó, pero una vez que empecé no podía parar. Mi mujer y mi hijo lloraban y me abrazaban. No sabe cómo me contuvieron. Hablé más de dos horas.

Asiento.

HISTORIAS INCONSCIENTES

—¿Y cómo se sintió después?

Por primera vez en tantos meses me devuelve una sonrisa.

—Aliviado. Como si por primera vez pudiera mirarlos sin sentir vergüenza. Pero esto no va a ser fácil.

—¿Por qué lo dice?

—Porque me preguntaron tantas cosas de mí y de mi historia que me di cuenta de que en realidad no sé quién soy.

—¿Y le gustaría saberlo? —Duda—. No lo sé. Tengo miedo.

Es natural que lo tenga. Es un hombre que ha vivido torturado por una culpa injusta y que debe aprender a darse espacio para resolver las cosas.

—Bueno, no hay apuro. Después de todo, dispone del tiempo que necesite y además, ¿quién le dice? A lo mejor esa energía que gastaba sosteniendo una mentira, ahora puede utilizarla para pelear contra el miedo. —Sonríe nuevamente—. ¿Qué pasa?

—Que Facundo y Marcela me dijeron que les gustaría conocer el hogar en el que estuve.

—¿Y usted? ¿Tiene ganas de volver a ese sitio? —Menea la cabeza.

—Tampoco lo sé. Tengo todo tan confuso.

—Lo imagino. Pero al menos ya no está solo. Su familia está a su lado y, por lo que veo, están orgullosos de usted.

Unas lágrimas aparecen en sus ojos.

—Gabriel, no sé cómo agradecerle. Estoy dolido, hecho mierda, pero al menos ya no me quiero morir. Y se lo debo a usted.

Me levanto y le sonrío.

—No, Alejandro. A mí, no. Se lo debe al análisis. Por eso, ¿qué le parece si seguimos, pero en otro sitio?

Me mira confundido, y yo le señalo el diván.

Él lo observa extrañado.

—¿Qué, quiere que me acueste ahí? —Asiento.

—Me parece un buen momento para empezar. No voy a darle opción ya que esa es una decisión del analista.

Permanezco en silencio sin hacer gesto alguno. Alejandro duda un instante, pero luego deja el paquete de cigarrillos sobre la mesa y se acuesta.

—Y bueno. Después de todo —me sonrío—, aquí las reglas las pone usted.